

# SEVILLA, LOS VASCOS Y AMÉRICA. CONTESTACIÓN A RAFAEL URIARTE AYO

LUTGARDO GARCÍA FUENTES  
Universidad de Sevilla

El auge alcanzado por los estudios históricos en los últimos años es consecuencia tanto de la investigación positiva sobre fuentes documentales inéditas, como de la revisión y crítica de tesis obtenidas con anterioridad e incorporadas a la historiografía. En la mente de todos está la célebre polémica mantenida por Américo Castro y Sánchez-Albornoz; o la que han protagonizado más recientemente Brulez y Morineau con P. Chaunu; igualmente han sido sumamente enriquecedoras las críticas suscitadas con motivo de la publicación de determinadas obras que justamente pueden ser calificadas como trascendentales en los estudios históricos, por ejemplo, las de Hamilton y, más cercanas en el tiempo, las de I. Wallerstein. La historiografía dispone, gracias a los trabajos de los historiadores mencionados, no sólo de las múltiples y valiosas aportaciones que en sí contienen, sino además de excelentes trabajos surgidos para cuestionar, reelaborar o sencillamente discrepar puntos esenciales; tal es el caso de P. Vilar, cuya crítica a las tesis de Hamilton nos ha proporcionado una serie de trabajos fundamentales e imprescindibles para la comprensión de la formación del capitalismo y de las ideas económicas de la Edad Moderna. Así pues, no debe quedar duda de cuál es mi valoración de la crítica científica.

En el número 1 del corriente año de 1993, de la *Revista de Historia Económica*, se ha publicado un «comentario» de mi obra *Sevilla, los vascos y América. (Las exportaciones de hierro y manufacturas metálicas en los siglos XVI, XVII y XVIII)* firmado por Rafael Uriarte Ayo. Aunque el trabajo haya aparecido en la sección correspondiente a *Recensiones* no puedo considerarlo como tal, pues no se ajusta a lo que habitualmente se entiende por reseña crítica de una obra; es decir, un análisis detallado del contenido completo de la misma que ha de comprender la valoración de sus aportaciones y la crítica, positiva o negativa

—necesariamente con *rigor científico*— de la metodología aplicada, hipótesis planteadas y conclusiones obtenidas. En este caso Uriarte Ayo se limita a criticar sólo aspectos muy puntuales y complementarios, entresacados del conjunto, y frases rebuscadas, construyendo una especie de «sinécdoque científica» —permítaseme el término— con la que se atreve a enjuiciar la totalidad de la obra. Elimina, por tanto, cualquier posibilidad al debate científico. Por ello, debe quedar claro que renuncio a toda polémica con el señor Uriarte Ayo y que, al respecto, éste será mi último y definitivo pronunciamiento.

Vaya por delante, no obstante, mi agradecimiento por la atención que le ha prestado a la obra y por haber satisfecho —probablemente sin pretenderlo— el deseo y la legítima vanidad que todo autor siente al ver cómo —para bien o para mal— se habla de su libro. Igualmente agradezco que haya tenido la gallardía —como investigador de archivo, que me consta que es el señor Uriarte— de reconocer el enorme esfuerzo que ha exigido su elaboración. Dicho esto, paso a analizar sus comentarios que tanto por el talante empleado como por las inexactitudes y descalificaciones que se vierten, se aproximan bastante a la ofensa. Diremos, no obstante, lo que Cervantes: «los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla».

El que el trabajo en cuestión haya sido financiado por la Fundación BBV no creo que sea demérito alguno; es sobradamente conocida la penuria de medios que padecemos todos los investigadores españoles. Y, desde luego, sería injusto calificar mi obra de oportunista e incluirla en lo que Uriarte denomina «*pintoresca bibliografía americanista aparecida en los años que han precedido a la celebración del V Centenario, con apoyo financiero de instituciones públicas o privadas (en esta ocasión la Fundación BBV)*». Entiendo que el tema era de gran interés tanto para los americanistas como para los historiadores vascos. La financiación, desde luego, presupone la aceptación de unas obligaciones contractuales; y éstas, a veces, generan determinadas dificultades, que en este caso, dada mi experiencia y conocimiento del tema, no han sido un obstáculo insalvable para la culminación de la obra.

Me imputa el haber introducido en las series de hierro «*nuevos elementos de confusión*». A juzgar por el espacio que le dedica, ésta puede ser considerada como su crítica de mayor envergadura. Resulta curioso y sorprendente reducir casi una veintena de variedades de hierro a la unidad de peso usual de la época, el quintal, es para Uriarte Ayo introducir nuevos elementos de confusión, quien además me reprocha el haber cambiado de criterio con relación a mi libro *El comercio español con América, 1650-1700*. Pues bien, si efectivamente hubo cambio de criterios en la elaboración de las series fue en atención al acerta-

do comentario que Luis M.<sup>a</sup> Bilbao y Emiliano Fernández de Pinedo me dedicaron en el trabajo titulado «Auge y crisis de la siderometalurgia tradicional en el País Vasco (1700-1850)» —en el volumen *La economía española al final del Antiguo Régimen. II Manufacturas*, Madrid, 1982, p. 152, nota 18—: «*El cómputo de sus series en unidades de piezas y no en peso nos impide establecer cualquier tipo de comparación con informaciones posteriores*». Y respecto al método de conversión a quintales —perfectamente explicado en las pp. 125 y 126— decía que *no es un procedimiento muy exacto, pero al menos resulta válido para unificar y tratar de analizar la evolución y el ritmo de las exportaciones*. El lector está en su derecho de aceptarlo o no; pero agradeceríamos todos que el historiador que conozca un procedimiento mejor lo proponga.

También se me cuestiona el haber hecho desaparecer la variedad de hierro denominada *cabos o doblados*, que en mi primera obra *El comercio español...* era la segunda en importancia; es decir, haber practicado —pido disculpas por la expresión— una especie de «malabarismo científico». Nada de ello. Pensaba yo que en la página 126 quedaba suficientemente explicado y que, además, en caso de duda, bastaría con observar que todas las series y cuadros incluyen una columna dedicada a «Otros». Debo presuponer que Uriarte Ayo, por su línea investigadora, estará familiarizado con la terminología; no estoy tan seguro si lo estará con la documentación del siglo xvii. En cualquier caso, veamos su complejidad con unos ejemplos concretos. En 1638, el gaditano Manuel Iriberrri carga en el «San Pedro» 190 *cabos doblados de platina* (A.G.I. Contratación 1182); al año siguiente, Gerónimo de Campoverde embarca en el «Nta. Sra. de la Concepción» 250 quintales de hierro en 200 *cabos doblados de tochos cuadrados* y 400 de *cabos de platina* (A.G.I., *ibíd.*). Y, sabido es que, con frecuencia, en la segunda mitad del siglo xvii los registros de embarque se hacen en cabos o/y doblados de hierro, sin añadir otro dato. El historiador en semejante situación tiene que arriesgar y tomar decisiones. A mi parecer lo que la *prudencia* exigiría en estos casos sería precisamente hacer lo se ha hecho; es decir, reducir toda la carga a quintales y agruparla en una serie de distintas variedades. ¿Son éstas las imprecisiones cuantitativas existentes en mi obra?

Dice Uriarte que he relegado a un plano marginal *la coyuntura siderúrgica internacional y, sobre todo, la propia dinámica del sector en el País Vasco*. Una vez más me sorprende: en la página 12 del libro se especifican con toda claridad los objetivos generales a lograr y resulta evidente que entre ellos no aparece el análisis de la coyuntura internacional ni la del País Vasco. La ciencia avanza apoyándose en logros parciales. He aquí mi aportación. Desde luego, vería con sumo placer que a partir de este trabajo algún historiador vasco hiciera el análisis que, según Uriarte, yo he debido hacer.

Cualquiera que conozca mi trayectoria investigadora y haya tenido la amabilidad y la paciencia de leer mis trabajos, sabrá que no me considero especialista en la historia de la siderurgia. Sé que el señor Uriarte Ayo me ha leído, pero me ha interpretado mal; yo diría —haciendo por mi parte un gran esfuerzo de generosidad— que me ha leído apresuradamente. Dice que desconozco algo tan elemental como que los primeros altos hornos europeos comenzaron a funcionar a mediados del siglo xv: ¿cómo puede llegar a esa conclusión?; me consta que ha leído la página 267 de mi libro *El comercio español...*, porque entre sus comentarios recoge información en ella contenida; sin embargo, silencia el contenido de la nota 32, en la que digo lo siguiente: «En Lieja... se conocía desde el siglo xv el alto horno para la extracción del hierro, había sustituido totalmente a la forja catalana y su uso se había generalizado a lo largo del siglo xvi...».

Me reconozco, por tanto, deudor de algunos acreditados y prestigiosos especialistas en historia de la siderurgia que han tenido la generosidad de publicar sus investigaciones. No le gusta al señor Uriarte Ayo ni la cronología que ofrezco sobre el desarrollo del alto horno ni mis opiniones acerca de la pérdida de importancia del mercado inglés; tampoco le agrada la bibliografía empleada. Sin embargo, nuevamente la lectura precipitada le traiciona. Lo referente a la cronología del alto horno está tomado de José Alcalá-Zamora y Queipo de Llano, «Aportación a la historia de la siderurgia española», trabajo publicado en *Moneda y Crédito*, núm. 120, y así lo hago constar en la nota 5, página 107. Y la cuestión del mercado inglés está tomada, casi literalmente, de Luis M.<sup>a</sup> Bilbao y Emiliano Fernández de Pinedo, en la obra anteriormente mencionada (p. 159) y citada convenientemente en la página 190. ¿Acaso pueden cuestionarse la autoridad y solvencia científicas de los autores mencionados?; ¿es por ello por lo que mi bibliografía es poco actual?

De todo este asunto, lo más grave, lo que resulta verdaderamente intolerable, es que Uriarte Ayo rechaza afirmaciones mías que me consta que él sostiene en algunas de sus publicaciones. Veamos. En su reciente trabajo *Estructura, desarrollo y crisis de la siderurgia tradicional vizcaína (1700-1840)*, dice textualmente: «A lo largo de estas fechas (años sesenta y setenta del siglo xviii) la competencia de los hierros suecos, el crecimiento de la producción siderúrgica rusa y el desarrollo de la revolución industrial en Inglaterra pondrán en entredicho la capacidad exportadora de nuestra siderurgia» (p. 208). ¿Qué diferencia hay entre este texto y el que se me critica?

Respecto a las observaciones formuladas sobre la crisis del xvii, estimo que lo más conveniente sería recomendar una relectura sosegada de las páginas citadas. Se comprueba fácilmente que las frases a las que Uriarte alude, ex-

traídas del contexto, le han llevado a conclusiones erróneas: el hierro apenas significaba entre el 5 y el 10 por 100 del valor de las exportaciones a Indias (pp. 143 y 228); los párrafos entresacados remiten a la crisis general del tráfico con las Indias en el siglo XVII, y no es posible otra interpretación, porque las series de hierro están tomadas como un indicador más.

Deseo ser respetuoso y eludiré entrar en la esfera de la intencionalidad y de las motivaciones que subyacen en los comentarios de Uriarte; sea el lector, especialista o no, en uso de su libertad el que lo haga. Creo, no obstante, que la pluma le ha jugado una mala pasada y que en algún momento lo deja al descubierto. Me refiero al enfoque que hace de mis referencias a A. Zabala, R. Uriarte y M. Gárate. Por mi parte, reitero todo lo que digo en la página 11: las series del trabajo citado, cuyo autor es el señor Uriarte, no aluden en ningún momento a Sevilla y Cádiz. Claro está, tampoco en esta ocasión Uriarte Ayo ha leído las notas a pie de página. He de reconocer que hay algo en lo que estoy totalmente de acuerdo con él, en las relativas facilidades que hoy día existen para acceder a la bibliografía; sin embargo, le devuelvo la sugerencia porque precisamente Uriarte no predica con el ejemplo. Por más que me esfuerzo, no logro comprender su actitud cuando hay constancia de que ha sido citado elogiosamente en mis últimos trabajos; véase, por ejemplo, la página 111 del libro que nos ocupa. Y, finalmente, tampoco acierto a comprender qué razones le mueven a subrayar su extrañeza al ver que reconozco las valiosas aportaciones de alguno de los historiadores mencionados.

Con relación a las referencias que hace a la denominada «historia cuantitativa», nuevamente entresaca frases, mutila párrafos y los maneja a su antojo, como armas arrojadas. No le bastan las opiniones de historiadores de reconocido prestigio como Suárez, Chaunu o P. Vilar; al parecer, tampoco las recientes observaciones de Emiliano Fernández de Pinedo en el trabajo titulado «La historia económica, ¿un filón que se agota?», en el volumen *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993. Tal vez convenga recordar, a pesar de los años transcurridos, lo que John U. Nef decía refiriéndose a la producción de plata en Europa:

«Aristóteles observa que, en la respuesta a cualquier cuestión, un *hombre culto no debe esperar más precisión de la permitida por el asunto mismo*. Hoy mismo es dudoso si, sin sacrificar la exactitud, podría representarse la curva de producción de plata en Europa de 1450 a 1618 en la forma de cuadros estadísticos que Soetbeer trató de organizar. A pesar de los nuevos datos publicados desde entonces, mucho ha quedado para la simple presunción. En todo caso, la tentativa de dar cifras precisas década por década, aun con ayuda del material que todavía yace enterrado en los archivos de Europa Central, dejaría mu-

cho que desear. *El hombre culto no pide cifras exactas. Se contenta con aproximaciones generales*» («Silver production in Central Europe 1450-1618», en *The Journal of Political Economy*, 1941. El subrayado es mío).

Termino apelando nuevamente al lector, que sea él quien juzgue y compare; tendrá entre sus manos una obra que ha requerido años de dedicación, esfuerzos e intensa búsqueda en los archivos americanistas y notariales. Podrá comprobar la desproporción existente entre los contenidos reales del libro —en gran medida silenciados— y la crítica fragmentaria y, a veces, distorsionante del señor Uriarte Ayo.